

BLANCO A LA CAL

D I E G O C O L O M B A





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

M. en E. U. y R. Marco Antonio Luna Pichardo
Secretario de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación y Estudios Avanzados

M. en C. Jannet Valero Vilchis
Secretaria de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Dra. en Ed. Sandra Chávez Marín
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Finanzas

M. en Dis. Juan Miguel Reyes Viurquez
Secretario de Administración

Dr. en C.C. José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

M. en L. A. María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en Dis. Monica Marina Mondragón Ixtlahuac
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Abogado General

M. en R.I. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

M. en A. P. Guadalupe Santamaría González
Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en D.F. Jorge Rogelio Zenteno Domínguez
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

BLANCO
A LA CAL

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en A. Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Mención honorífica
13º Premio Internacional de Poesía
"Gilberto Owen Estrada" 2019

JURADO

Raquel Lanseros Sánchez, España
Flor Cecilia Reyes Cruz, México
Luis Felipe Fabre, México

DIEGO COLOMBA

BLANCO
A LA CAL

Mención honorífica
13º Premio Internacional de Poesía
"Gilberto Owen Estrada"



Universidad Autónoma del Estado de México
"2019, Año del 75 Aniversario de la Autonomía ICLA-UAEM"

Primera edición, septiembre 2019

Blanco a la cal

Diego Colomba

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel. (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Colomba, Diego (2019), *Blanco a la cal*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-633-046-3

Hecho en México

Made in Mexico

Contenido

PRESENTACIÓN	13
1	
Sentido	21
Blanco a la cal	22
El más extenso	23
El paisaje interior	24
Ola de calor	25
Estación abandonada	26
Ruleta	27
Un fuego	28
Motivos	29
Póstumo	30
Representación	31
Panteísta	32
2	
Dejo que el viento se la llave	35
L.S.D.	36
Un ciclista imprudente en apariencia	37
La humildad nunca es elegida	38

Místico	39
Árboles	40
Andrei	41
Realismo	42
Respiratoria	43
Aun alegre	44
Nada	45
Clarea el día sin lluvias ni precipitaciones	46
Cuando se toca una verdad sin ver	47
Dispuesto	49
Las achuradoras	50
Una lectura tendeciosa de Fitzgerald	52
Límites	54
Distopía	55
El descargo	60
El rey del terror	66
Ensayos	71
La vida no es algo personal	74
De la música familiar	75
El sentimiento es todo	76
La verdad de Brian Wilson	77

Un sueño	78
Oesterheld o apuntes para una historieta	79
3	
Es poco lo que reclama mi hijo de su padre	83
El punto cero	85
Un símbolo del desastre	87
Nunca quisiste quedarte solo	90
El día en que el médico del pueblo descubre un tumor en el ojo de papá	92
Altura	94
El naufragio de lo singular	95
Antes de comprender de que se trata de una larga prueba	97
Es un error pensar que se puede detener la vida personal	99
Un ruido en la comunicación	101
Collodi	103
La preparación	107

PRESENTACIÓN

“Todo manifiesto/ todo particular acercamiento a la poesía/ toda visión de la realidad:/ es un péndulo”.

Por estas palabras, expuestas con humor, acidez y certeza, Francisco Alatorre Vieyra se adjudicó el Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen Estrada”.

El certamen, organizado por la Universidad Autónoma del Estado de México, en su décima tercera, edición atrajo la participación de 221 escritores de 15 países.

Tres escritores de reconocida calidad: Raquel Lanseros Sánchez, de España; Flor Cecilia Reyes Cruz y Luis Felipe Fabre, de México, en su calidad de miembros del jurado, eligieron como ganador el poemario *Manía*, del mexicano Alatorre Vieyra.

Coincidieron en señalar que esta obra: “logra aunar experimentación y lirismo a través de un lenguaje radicalmente personal. Poemas que parecen desafiar la fijeza de la escritura para alcanzar la inestabilidad de lo vivo, capaces de atesorar la riqueza del mundo y fusionarla de un modo natural, con pleno dominio de la palabra”.

Por consideración especial del jurado, la obra *Blanco a la cal*, del argentino Diego Colomba, se hizo merecedora de la única mención honorífica.

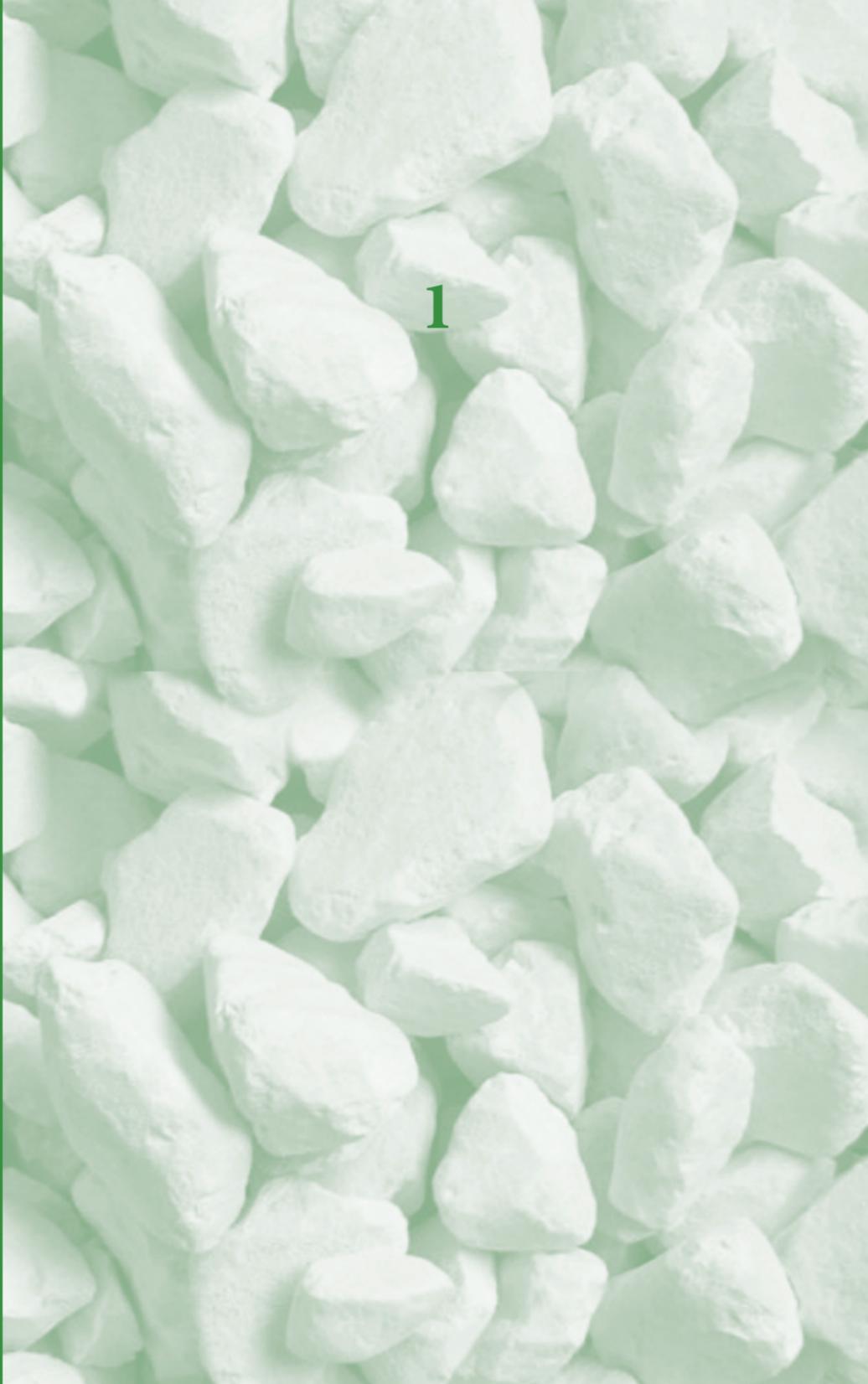
Con orgullo para nuestra institución, ambos textos se integran al catálogo de libros ganadores del premio Owen y sin duda habrán de estimular las actividades literarias en nuestra comunidad académica.

DR. ALFREDO BARRERA BACA
Rector

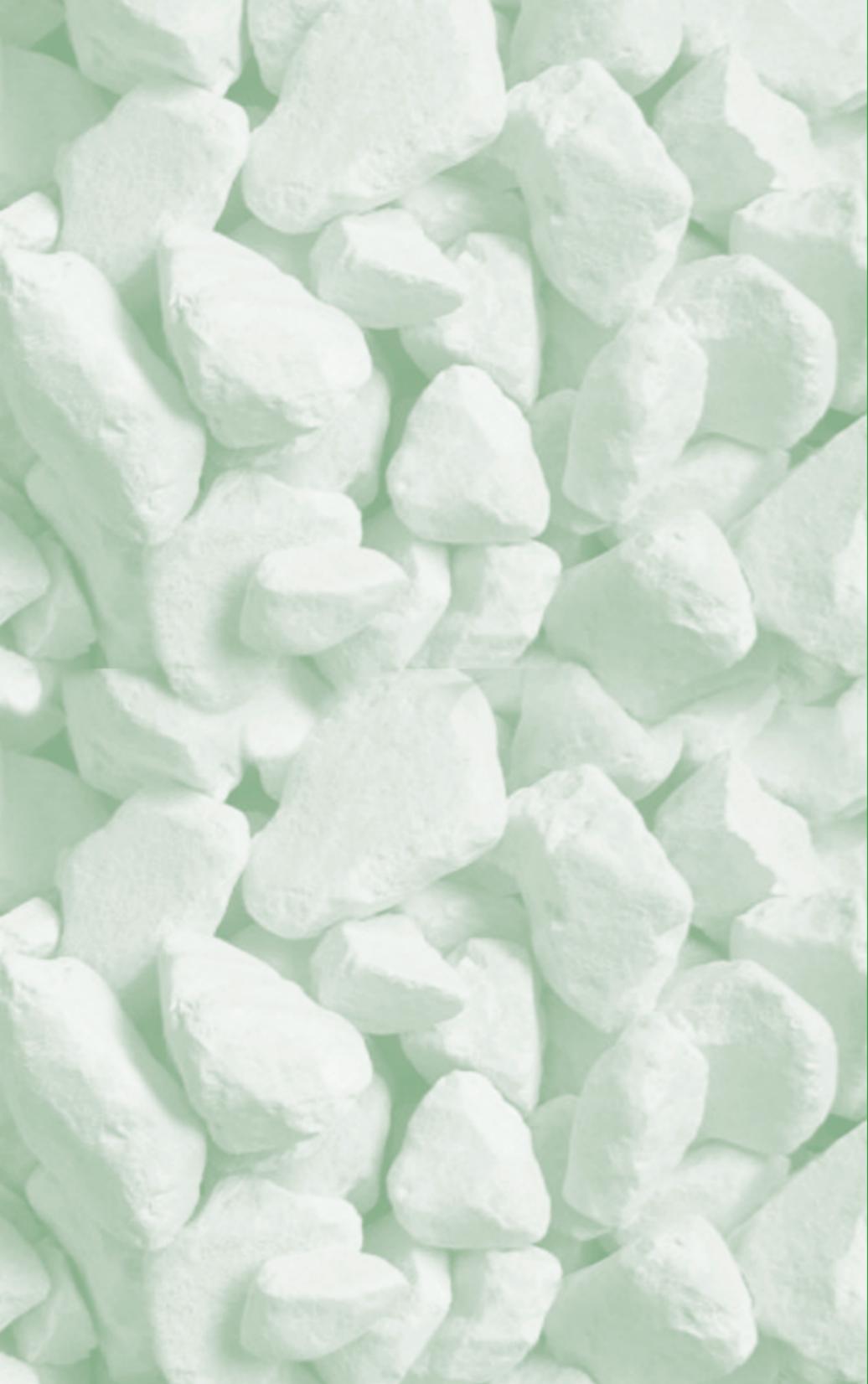
A Eva
A Manuela, Antonia y Ciro

*Después que el ala
Del martín pescador ha respondido
Con la luz a la luz y el silencio ha venido
La luz no se estremece ni respira
En el inmóvil punto de este mundo que gira.*

T. S. ELIOT



1



Sentido

Apagó la bujía de un soplo y se lo tragó lo oscuro. Ahora desconfía. Va más lento. Con las manos tantea las astillas, las latas de betún, los zuecos, la cortinita de plástico. Incluso sus pasos se han vuelto poco creíbles.

Blanco a la cal

¿Qué hacen un tuerto alcohólico y un estrábico con vértigo en la cornisa? Se preguntó Dios, o un vecino, esa mañana de verano. Antes de que pintaran el techo, con escobas viejas, bajo la luz cegadora del cielo.

El más extenso

Si hubiéramos colgado tu maltratada piel al sol, como una alfombra que se pone a orear en las lindes de la casa, habríamos distinguido seguramente en el conjunto de tus señas el párpado caído, las innumerables cicatrices, los lunares que intentamos vanamente secar durante años con rodajas de papa. ¡Cuánta verdad irradiaría todavía ese viejo trapo repugnante!

El paisaje interior

Una trampera en la que canta un corbatita. Un inocente pajarito llamador. Encerrado en una jaula que se apoya en un palo. Llama sin tiempo. Siempre arisco. El oscuro fondo de las palabras.

Ola de calor

Las chicharras estridulan. Hasta explotar. Literalmente. Mientras la gente vieja se dispone al sueño. Se conforman, a esta altura, con un mísero aguacero.

Estación abandonada

Cruzo el yuyal alto hasta dar con un cartel. Su mensaje se ha borrado con los años. Pero al acercarme me doy cuenta que las letras se pueden leer de canto: “FERROCARRIL DEL SUD/ AVISO AL PÚBLICO/ ES PROHIBIDO/ TRANSITAR POR/ LAS VÍAS”. Me vuelvo entonces sobre mis pasos. Satisfecho. Mi lenguaje y yo tenemos los días contados.

Ruleta

Sobre el paño verde de la mesa de mus, desplegó la hoja cuadriculada con sus largas y prolijas series numéricas, anotadas con birrome. Para los incrédulos. La martingala perfecta, ajustada a los rigores de su vida: con cada fracaso, se redobla la apuesta.

Un fuego

Ahora que se pierde en la maleza, que el humo de la quema le enjambra los pulmones, lo hace lagrimear, cerrar los ojos, hasta el último chispazo que se extingue en la ceguera, apoya en una horquilla el peso de su cuerpo, un viejo cuerpo ilusionado.

Motivos

Los cardos sin flor, el yuyal y esta huella de tierra que se pierde como un hilo en la palma de una mano dan ganas de seguir respirando este aire frío y seco. Porque es terrena mi buenaventura.

Póstumo

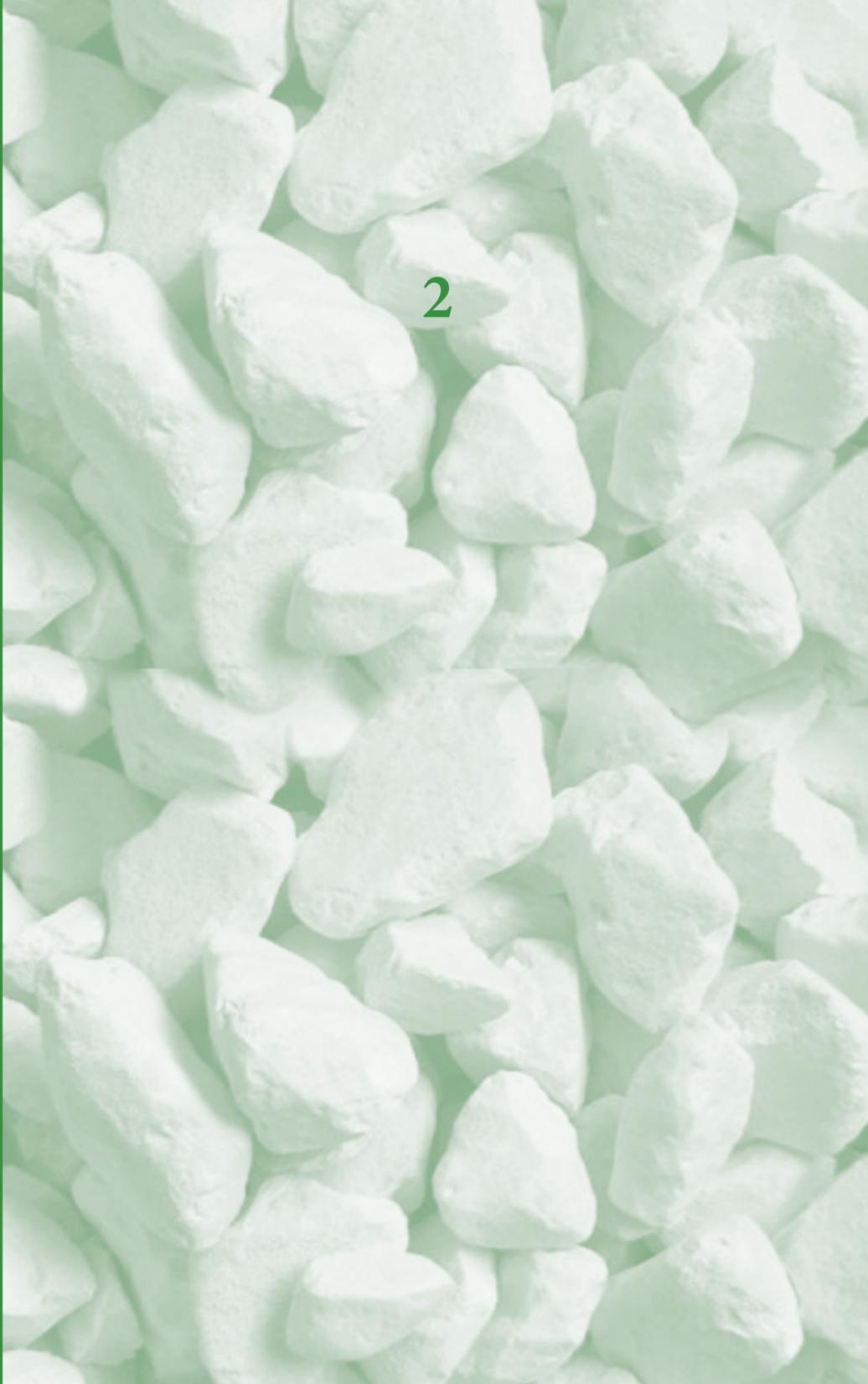
El cielo dejó pasar un último destello: la tierra negra
y un gajo de fuego que fundió los hierros de un molino
de viento.

Representación

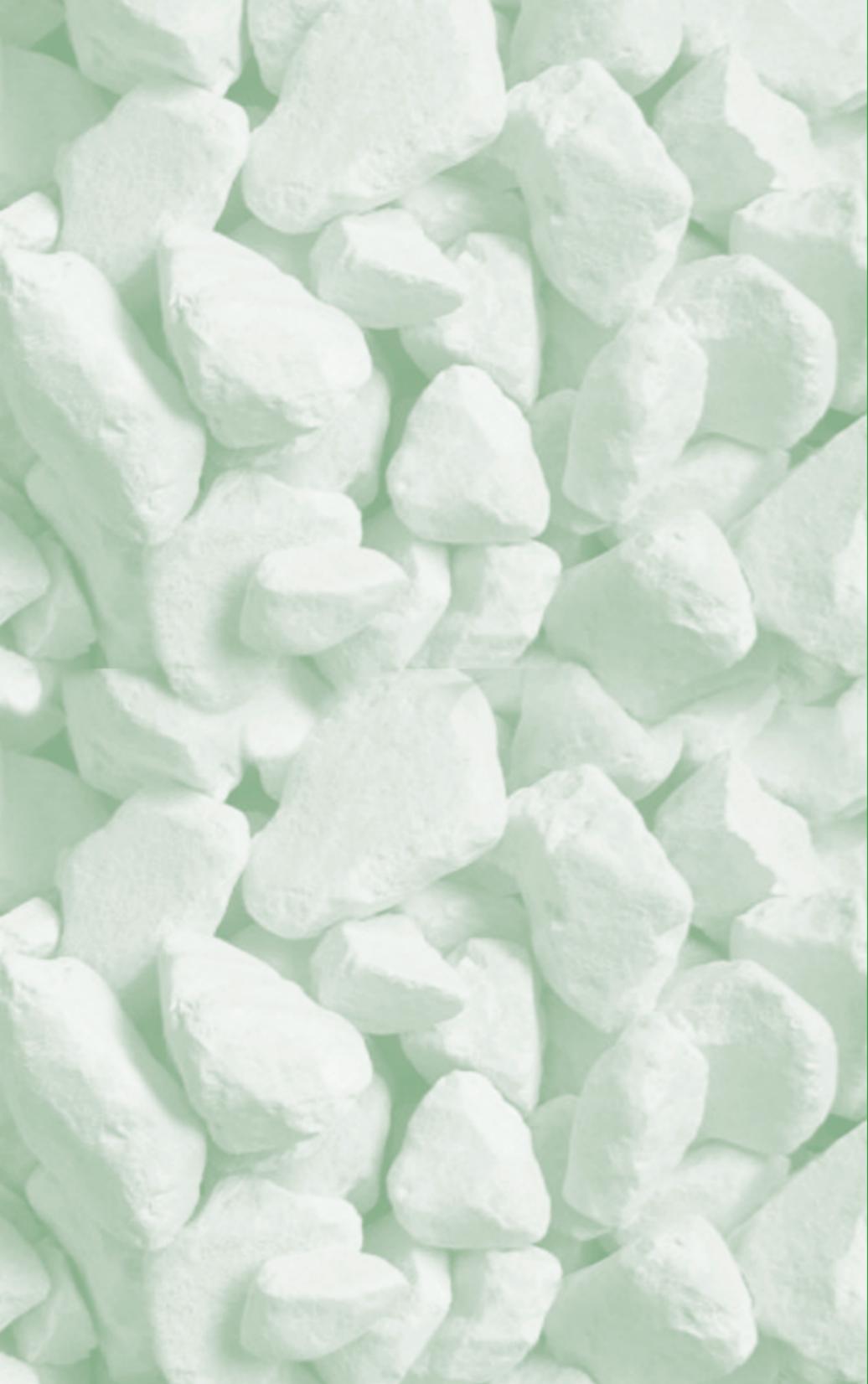
Olor dulzón a madre selvas. Pájaros que caen. Ladridos.
Y el pulso ajeno de la poesía.

Panteísta

En la orilla del pajonal, un potrillo espanta mariposas
con las patas. Y yo, mundo, que me creo tus mentiras...



2



Dejo que el viento se la lleve

Las vainas
tiernas
que cubrían
el camino
crujen
ahora
bajo
mis pies.

Algunas lluvias
y un poco
de sol
hicieron
de una idea
propia
una semilla
estéril.

L.S.D.

Tendido
a los pies
de las cosas
más pequeñas
oigo
el arrullo
de un pájaro
perdido.

La inocencia
con que late
un corazón.

Un ciclista imprudente en apariencia

Que suda
buscando
la intemperie
—después
de tomar
su pan
con sal
o abrigarse
con ropa
de invierno—
no quiere
pensar
ahora
en la lejana
destrucción
que lo alumbra.

La humildad nunca es elegida

Ahora
que el sol
quema
en el porlan
me mandan
a la sombra
del galpón.

Qué nítidos
se ven
los demás
desde lo oscuro.

Cómo se mueven
de un lado
a otro.

Qué ganas
ciegas
de vivir.

Místico

Un río
de hormigas
iluminadas
en el cuerpo
de una paloma
muerta.

A esa
podredumbre
infinita
la llama
Dios.

Árboles

Me encandilo
risueño
en las ramas
más altas...

¿Por qué
Dios,
esa voz
de pesadilla?

Andrei

Como vos
me pierdo
en la quemazón
del campo
en los ladridos
lejanos
en los hilos
de las hablas
que deliran
en la música
de un mundo
que no
quiero
dejar
de oír.

Realismo

Los manchones
de luz
tras las cortinas
de puntillas
las flores
blancas
de alforfón
sobre la cama
la llama
del mechero
que se aviva
con la brisa
y los huevos
de gallina
en el dintel
de la ventana
no son
símbolos
de nada.

Respiratoria

Se repiten las sábanas sudadas
el amor que enferma
los pulmones
el soplo
de un verso
que vuelve
al sentimiento.

Aun alegre

Todo
parece
triste.

Nada

Colmará
este desierto.

Clarea el día sin lluvias ni precipitaciones

Ahora tendré
que salir
a respirar
el aire
a confundirme
entre los cuatro
elementos
y la carne
de los otros:

ahora veré
cómo
cada cosa
se separa
de la otra.

Cuando se toca una verdad sin ver

Ahora
que aplastás
las pajas
bravas
con el peso
muerto
de tu espalda
sentís
el ardor
en la cadera
el hilo
de sangre
que corre
de la nariz
hasta el mentón
(un gusto
dulzón
que sabe
un poco
a tierra)
y el chirrido

de la rueda
del *side car*
que gira
por inercia
en el vacío.

Dispuesto

Ese perro
greñudo
—medio sordo
de una oreja—
que palpita
en la penumbra
de la parra
ya no
puede
aprender
un truco
nuevo.

Pero
el hombre
que se arrastra
y tira
un hueso
tibio
todavía
tiene
mucho
que aprender.

Las achuradoras

Llevaban
ropa blanca
visiblemente
manchada
con sangre
y hasta tres
largas
cuchillas
sin vainas
en las axilas.

Un mediodía
las descubrí
jugando
en la sombra
de la vereda:

caminaban
en parejas
—riendo
y conversando—

por el medio
de la calle
de tierra.

El abuelo
—sentado
en la mecedora
del porche—
las saludó
inclinando
un poco
la cabeza.

Con voz
queda
me explicó
después
que no
eran malas
solo eran
mujeres
que no
querían
ser
molestadas.

Una lectura tendenciosa de Fitzgerald

Si yo leo
tu genio
—tus fugas
tus alcoholes
tus nostalgias—
no es
que quiera
parecerme
a vos
en nada.

Lo que yo
quiero saber
es cómo
piensa
una cabeza
—una brizna
de hierba—
sin rostro.

Límites

Un viejo
andrajoso
que yace
en la gramilla
y jadea
cada vez
que se lleva
la botella
a la boca
podría
preguntarse
mentalmente
(como si fuera
un maestro
del haiku)
cómo
ha llegado
esa pelota
a sus pies.

O podría
—por qué no—
ponerse
de pie
un poco
tambaleante
oyendo
una voz
imperiosa.

Si así
fuera
qué cosa
le impediría
tocar
el cielo.

Distopía

Mamá y papá
cara a cara
como antaño:

yo en el medio
de los dos.

Los tres
bañados
por la luz
del ventanal.

Mamá
me pregunta
quién es
ese Señor
que tiene
enfrente.

Mi Papá,
le respondo.

Ah, contesta
y se afloja
pensativa.

La escena
se repite
cada tanto.

Sentados
afuera
del tiempo.

Papá toma
la sopa
de un sorbete
con la boca
algo torcida.

Mamá y yo
masticamos
la carne
o los fideos
como bueyes
perdidos.

Dejamos
los cubiertos
sobre el mantel.

Decimos
alguna
que otra
tontería.

Entre bocado
y bocado.

Papá
no
dice
nada.

Se limita
a mirarnos
con sus grandes
ojos
de niño.

Mientras
la televisión
reproduce
el ruido
del mar.

Nuestra mesa
será
la última
en desocuparse:

entretenidos
como estamos
con el golpe
de un cubierto
los restos
duros
del pan
en el mantel
la luz
del sol
que inunda
el patio:

parece
que viniera
de otro mundo.

El descargo

Convivimos
sanamente
¿y por qué no?
con alegría
alguna
que otra
vez.

Puedo
dar
fe.

De esto.

Hacinados
entre cables
pelados
una luz
que parpadea
y sin estufa.

¿Tengo
algún
derecho
a pedir
más?

¿Usted
sí?

No pienso
inmolarme
por un diseño
curricular
absurdo.

Perdonemé.

Es verdad:

no sabemos
a ciencia cierta
hacia dónde
vamos.

Pero, ¿cuál
es el problema?

Las cosas
marchan
y lo hacen
a su modo.

Eso es algo.

¿No le parece?

No negaré
el desorden
de la clase.

Pero prestan
un poco
de atención.

La necesaria.

Leemos,
escribimos,
conversamos.

Ahí
tiene algo
irrefutable.

Datos,
observables.

Usted podría
asentarlos
en mi cuaderno
de actuación
si saliera
alguna vez
de su despacho.

Lo demás
es fantasía
de relleno.

Divagues
de científicos
de la educación.

No es cinismo,
Señora Directora.

Hay mucha
cháchara
en nuestro PEI[1].

Y demasiada
hipocresía
en todo.

Lo que falta
es realidad:

sudor, mocos
mal aliento
pelo ensortijado
y sucio
caspa y acné
timbres chillones
argot pleonasmos
y anacolutos
(perdone
el tecnicismo).

La verdadera
materia
del lenguaje.

[1] Proyecto Educativo Institucional

El Rey del Terror

Ahora
que respira
por la boca
es consciente
de las veces
que debe
tomar aire.

Veinticuatro
inspiraciones
por minuto:

más
del doble
de lo normal.

Interrumpe
pues
el martilleo
de la Remington
para pedir

a viva voz
por su mujer.

La lectora
incondicional
de sus cuentos
entra en escena;
contempla
con sorpresa
los tapones
en la nariz
de su marido.

También cree
razonable
llamar
a la Emergencia.

Aunque se trate
de la segunda
vez
en la semana.

Deberá abrigarse
para telefonar
desde la casa
de un vecino.

Le han dado
de baja
al servicio
el mes pasado.

La coca
no está
en discusión
entre los gastos
del hogar:

su esposo
la consume
al fiado.

Hasta que llegue
al menos
el cheque
prometido.

Recuperadas
las condiciones
básicas
de trabajo
(cortinas corridas,
rock pesado,
soledad)
piensa
seguir
escribiendo
hasta que toquen
el timbre.

Pero
ahora
se detiene
en el enchastre
del teclado
en los coágulos
de sangre
pegados
a la mesa.

Y no puede
retener
la carcajada.

Su vida
se parece
a una entrega
de “La Dimensión
Desconocida”.

Ensayos

Tomábamos
de pie
algún tentempié
con sangría
hablando alto
y volvíamos
a tocar
las canciones
entre alfombras
viejas
y muebles
amontonados.

Pero ahora
busco
a papá
en la penumbra
del comedor

(hay una sola
lámpara

encendida
y las persianas
bajas
no dejan
entrar
la luz
exterior)

y no
lo encuentro
entre mis nuevos
amigos.

Atravieso
entonces
el pasillo
y entreabro
la puerta
de su cuarto:

papá descansa
boca arriba
bien tapado
con frazadas.

No entiendo

Si hace un rato
se divertía
buscando
hielo
y dándole
consejos
a todo
el mundo,
pienso.

Pero vuelvo
sobre mis pasos
y la casa está
ordenada
desierta
y silenciosa.

Hace tiempo
que nos fuimos
con la música
a otra parte

La vida no es algo personal

Tenés todo el rostro cubierto de gotitas
aunque sigas echado en la penumbra
de la parra con el diario
entre la manos
cuando te quito los anteojos de carey.

Tenés todavía los ojos abiertos: son celestes
casi transparentes como los ojos de un muerto
pero apenas te has dormido leyendo
a plena luz del día:
tu mirada no esconde algún secreto.

Has abandonado a la familia simplemente
nos has dejado atrás
con nuestros fantasmas y resentimientos.

Te has vuelto un cuerpo débil sin recuerdos
apenas una casa
donde habita el amor.

De la música familiar

Alguna vez tuvimos un piano.

En toda la casa resonaba
su viejo corazón de madera.

Apremiados por las deudas
decidimos venderlo.

Los supuestos compradores
descubrieron la fisura.

El sentimiento es todo

Puedo mirarte
con la vista perdida
como si tu rostro fuera
el rostro del mar:

un velo
de infinita
nada.

La verdad de Brian Wilson

En el candor de los hermanos que ofrecen un mar
en el que todos puedan deslizarse
ya murmura la voz ruinosa
de un sueño:

palpitación lisérgica pies descalzos
en la arena fría de un estudio
donde cantan las sirenas.

Un sueño

Llaman a la puerta.

Es papá, de paso por la ciudad.

Pide algo para beber.

Le ofrezco vino:

en casa no tomamos ginebra.

Está igual, solo un poco más desaliñado.

Lleva una camisa y un pantalón de segunda marca,

[dos talles más grandes.

Las zapatillas cortadas a cuchillo liberan sus

[empeines hinchados.

El cabello y la barba blancos resaltan su rostro subido.

Por su pronunciación advierto que no está usando

[la dentadura postiza.

Me pregunta por su madre.

Le respondo que falleció cuatro meses después que

[él, que vendimos la casa de Isabel...

¡Qué raro! –me interrumpe–. Mamá me juró una

[vez que nunca moriría.

Oesterheld o apuntes para una historieta

Llenar con gente buena el cementerio.

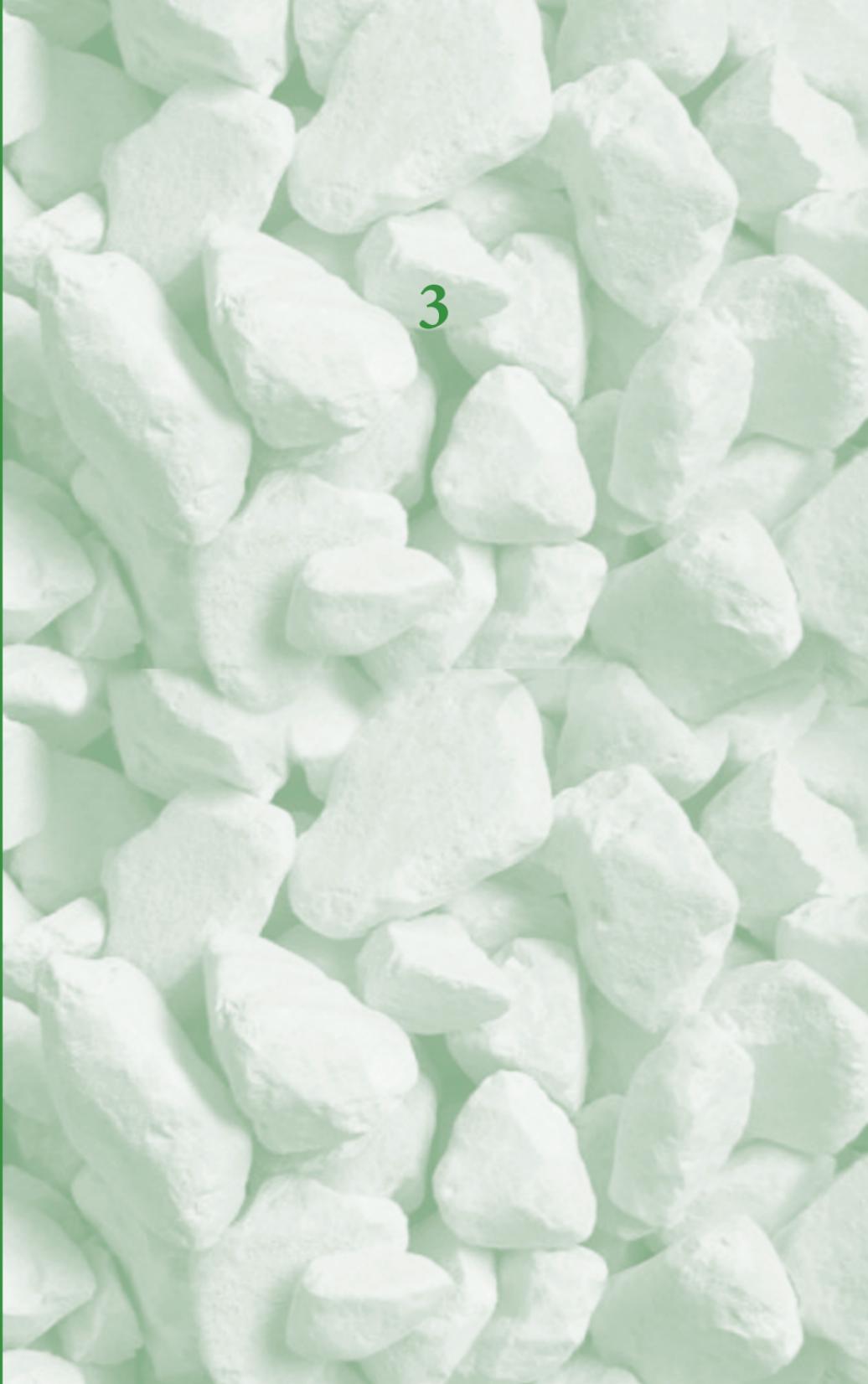
El desierto con coyotes y restos
de vacas carneadas, viento helado,
estrellas que el frío parece alejar.

El pueblo con calles iluminadas
con faroles de querosene.

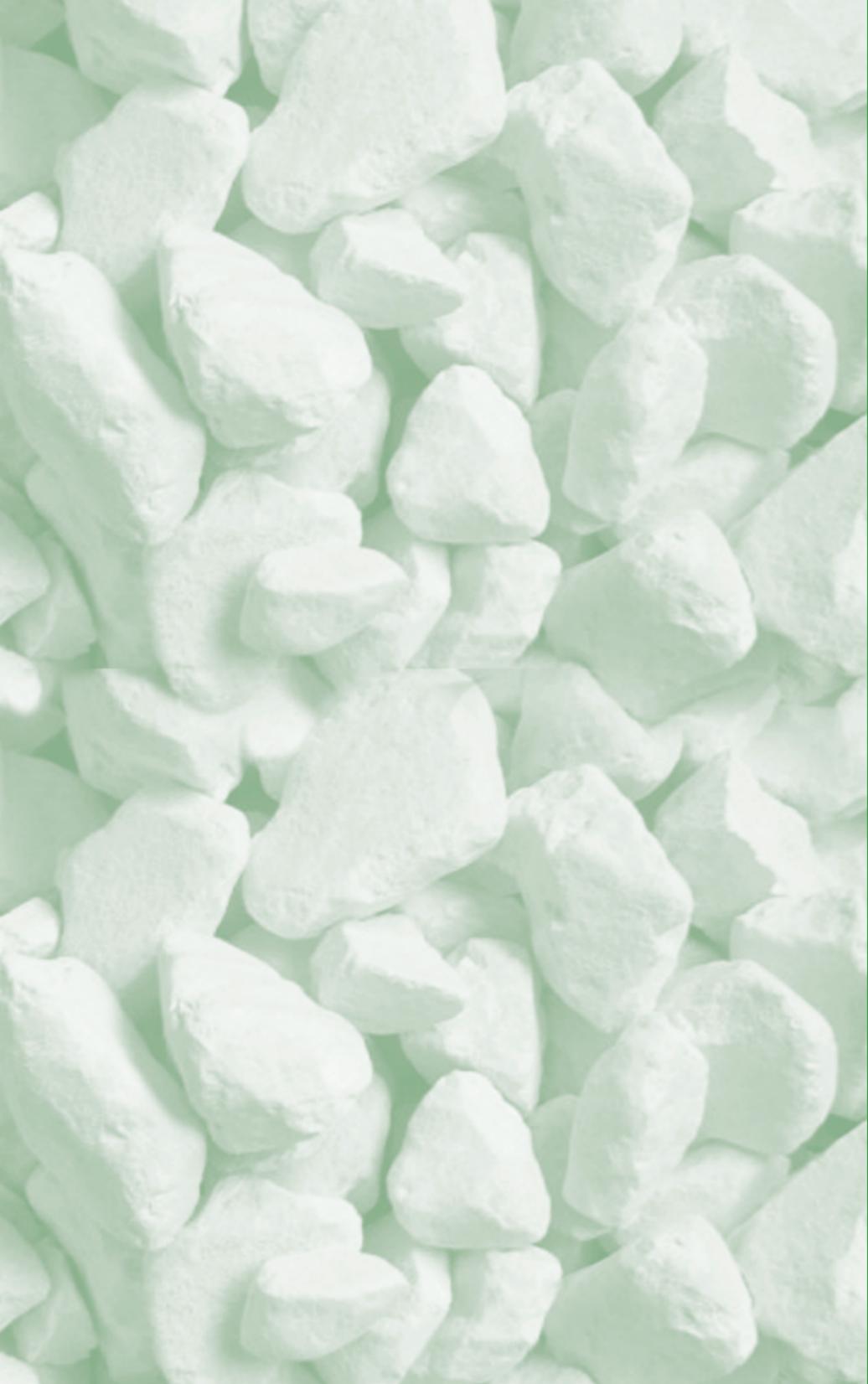
Que el héroe diga
que no necesita
tener todo
lo que le gusta.

Que el héroe se aleje
por el desfiladero
que lleva al valle
mirando
a las sombras
con ojos
curiosamente
apasionados.

Como si leyera
un texto
vital
y profundo.



3



Es poco lo que reclama mi hijo de su padre

Salgo del letargo por expresa indicación de mi hijo
[y de su madre
que me advierte que se aburre en la playa sin amigos
[y pide
que me hunda un poco más en este mar de mentira
[donde flotan barquitos de colores
para jugar con la pelota hecha en China que hace
[poco compramos:
mi hijo la pateo con ganas, provocándole diferentes
[comportamientos en el aire
hasta que yo la capturo —o intento hacerlo—
[sumergido hasta la cintura
con algún grado de dificultad.

En el último envío, por ejemplo, el balón se me ha
[escurrido entre las manos
y ahora se balancea entre dos canoas amarradas:
recuperarlo justificaría nadar en aguas donde no
[hago pie
pero un lugareño que respira con snorkel detrás de mí
(una de las pocas cosas, parece, que logra mantener
[a esta gente callada)

hace una pausa justo a tiempo para entender que
[necesito su ayuda
y se apura haciendo espuma con sus patas de rana
y en un santiamén consigue el balón y lo mantiene
[en alto como un trofeo
antes de devolverlo con fuerza a tierra firme.
No me queda más remedio que agradecerle con un
pulgar extendido y regresar a mi posición inicial
cuando una suerte de caverna cristalina se ha
[formado a mi alrededor
y pienso que sería un buen momento para rogar
[por mi salvación
pero apenas consigo hacer pie un nuevo pelotazo
[se aproxima:
ahora debo poner mis dos brazos en alto.

El punto cero

El médico de la familia no se ha marchado sin antes haberles prescrito caminatas al sol y comprimidos que el poeta del siglo comprará por la mañana cuando esté seguro de que las farmacias ya han abierto
[sus puertas
y su esposa descansa finalmente como lo hacen los pequeños en otro cuarto hasta que el ruido de los
[vecinos los despierte
pensando en las cosas pendientes de la editorial (la colección de higiene infantil que no puede esperar)
caminará rumbo al trabajo esquivando el rostro ceniciento de gente desconocida que se le cruza en
[el camino
sin reparar en los fragmentos de su propio ser
[desmoronado en la vía pública:
mirará con el rabillo del ojo esos pedazos pisoteados como si fuesen las piezas de un rompecabezas absurdo que requiere de todo el tiempo del mundo y la energía de la que un mediocre empleado jamás
[dispondrá
mientras su mente pretende embriagarse

a media mañana con el minuto inmóvil de
[unos novios
(muertos tiempo atrás en un incendio)
que bailan alumbrados por el rocío de la noche.

Un símbolo del desastre

Elegís la opción más arriesgada —la mitad de las
[veces el camino está cortado—
pero vos seguís diciendo que conviene cuando en
[verdad se ahorran diez minutos.
Nadie se anima a poner en duda tus palabras, a
[decirte que es por gusto que tomás ese desvío
porque querés hacer un tramo del camino a paso de
[hombre con una mano liberada del volante
señalar —como si todavía no lo supiéramos— las
[ruinas que se levantan en medio del agua
desde aquel corrimiento cíclico que marcó un antes
y un después en tu historia personal (en el mito de
[tu vida)
que desgranás musicalmente para nosotros cada
semana en el viaje de regreso a tu pueblo natal.
Ese hotel al borde de la laguna era el éxito turístico
[de la zona donde ibas a bailar con tus amigos
cuando eran jóvenes y no les importaba (a ustedes
[fanáticos de Troilo y de Pugliese)
la alegría insípida de unos imberbes de lamé que se
[hacían llamar la nueva ola (¡qué ironía!)

porque el lugar se llenaba de mujeres jóvenes que
[fumaban en público y se animaban a beber
alcohol disimulado entre gaseosas. Sus esperanzas
[se agrandaban como las de ese pueblo chico
que crecía pujante al compás de las miles de personas
que dejaban su dinero en el verano para mojarse las
piernas en el agua salada.

Treinta años antes un mismo pico de esperanza
(inspirado por la máxima bajante cíclica) había em-
pujado a la compañía constructora a levantar un ho-
tel majestuoso en una de las islas

que se comunicaba con la costa mediante un espi-
gón. Un error —nos repetías— porque según tu padre
la laguna dio su primer aviso de que las cosas cam-
biarían el mismo día del estreno del hotel aunque
después se siguieron alternando los ascensos y des-
censos de las aguas (algo que los descendientes de
los indios de la zona ya sabían por sus cuentos de
inundaciones y sequías).

La música melancólica que adorás te da nuevamente
[la razón: ahora el agua se agita con el viento
dos metros casi sobre el fantasma de tus pasos de
bailarín y el de tus amigos también y sus mujeres

y vos podés suspirar agitando ese dedito en
[dirección al desastre de los días
en los que aún no soñabas con formar una familia.

Nunca quisiste quedarte solo

*Si hubiera querido que el tema
fuera el amor de un hombre por una mujer,
¡no lo habría titulado “Solaris”!*

Stanislaw Lem

Te encantó la idea de un mundo que diera forma a
[tus sueños más oscuros
y te pusiste a revolver con la cuchara un plato de
[sopa bien espeso:
ahí tenías el Océano de un mundo inexplicable al
[que debías enviar a un viudo
a reencontrarse con una mujer hermosa y deprimida
[y una tripulación perturbada.
Pero como a muchos les sucede la hechura de la
[obra te distrajo de la idea sustancial
y te la pasaste renegando con pasillos cibernéticos,
[presupuestos estatales, música electrónica
y algunos efectos especiales para martirizar la carne
[de una joven actriz.
No sospechaste, sin embargo, entre tanto ajetreo,

[de un psicólogo —tu único héroe—
de su inclinación malsana a tender analogías.
¡Lo habías logrado! Estabas, por milagro, en otro
[mundo, remoto y a todas luces impenetrable
—tal vez era la sombra de un dios la que ensuciaba
[insidiosamente tus encuadres—
pero vos no querías dejar de orbitar alrededor de los
[planetas Mamá y Papá
en la trillada cosmogonía de una historia de amor.

El día en que el médico del pueblo descubre un tumor en el ojo de papá

Esa mujer laboriosa que mira de vez en cuando cómo juega su hijo en el suelo con un autito de hojalata siente que tiene toda la vida por delante además de (costura para afuera) y las chinches en las manos para fijar el papel fiambbrero que su compañera

[desenrolla lentamente a lo largo del tablón mientras se mofa de la falta de pericia de las demás

[mujeres que colaboran en el club.

Pero ella no está de acuerdo con matar el tiempo

[hablando mal de la gente del pueblo ni le parece bien ponerse a espantar a las palomas

[del tinglado poco antes del banquete: las cagadas nunca llegan a las baldosas del centro de

[la cancha donde pusieron los tablonos (incluso podrían baldear con poca agua esa

[inmundicia de días que bordea las paredes).

¡Esos chicos que tiran con gomera a pedido del presidente van a terminar rompiendo algún vidrio!

No solo no le molestan las palomas (¡son tantas!) sino que atiende —un poco embotada por el calor

[de enero—
al persistente ulular que se agrava a la altura de las
[chapas.
Piensa que esa música es el presagio de algo
[extraordinario y aunque se sonría ahora
no va a explicarle a su compañera porqué pone esa
[cara de tonta
que guarda en la memoria el misterio
de lo que aún no sucedió.

Altura

La abuela aprendió a leer escondida con un diario

[viejo porque era la mayor de catorce hermanos y no debía, según su padre, dejar de ayudar a su madre con sus hijos pequeños y repetidos embarazos.

La abuela sin embargo aprendió a leer y a escribir

[con letra prolija y sin faltas de ortografía a pesar de que hablaba un cocoliche que unos italianos de visita no pudieron comprender.

La abuela elaboró una idea enaltecida de sí que

[traspuso más allá del plano de las ideas: a pesar de los reproches de sus hijas, usaba grandes

[zuecos de madera para caminar hasta el gallinero y arrojar las sobras del día a las gallinas (restos de yerba mate y café, cáscaras de naranja y limón, pan duro algún trocito de carne y colillas de cigarro flotando

[en un líquido oscuro)

desde una altura considerable:

las ponedoras se ponían a picotear frenéticas esa inmundicia como máquinas de escribir.

Pero esas marquitas que dejaban en la tierra

[humedecida por un rato no querían decir nada.

Las gallinas son analfabetas.

El naufragio de lo singular

Cada viernes mamá estaciona el Ami 8 en el playón de la fábrica, apaga el motor y se pasa del lado del acompañante sin salir del coche.

Poco después se corren los portones y el parque se llena de desconocidos apurados por subirse a automóviles de segunda mano o a colectivos que aguardan con los motores encendidos.

Ése que camina directo hacia nosotros es papá que saluda con la mano y pronto tomará las riendas de nuestro coche para regresar a su pueblo natal usando su único ojo (hay que aprovechar las últimas horas de luz natural).

Papá prende un cigarrillo con la colilla del otro, a cada rato le da tragos cortos a la petaca con Paddy que guarda en la guantera.

Para acortar un poco el viaje elige siempre el paso por Melincué, un tramo rodeado de montículos de tierra y bolsas de arena con que los lugareños pretenden proteger la ruta de los constantes desbordes de una laguna.

En una ocasión el agua tapaba un trecho del
[camino pero papá decidió seguir de todos modos:
se fue guiando por una hilera de palitos blancos y
[largos que marcaban el lugar de la banquina
hasta que se terminaron los palitos y papá se quedó
[sin referencias para continuar:
el Ami 8 parecía un barco familiar al borde de
naufragio y sin embargo salimos airoso del mal
trance: mamá abandonó rauda su asiento después
de bajar hasta el tope las ventanillas de su lado y nos
sacó a mi hermana y a mí que nos prendimos como
[abrojos de su vestido.
Minutos más tarde un camión llevaba de tiro a
[nuestro coche, con papá adentro,
hacia el grupo que contemplaba la maniobra desde
[la parte más elevada del terreno.
Sin embargo la verdadera zozobra sobrevendría
poco después, a la hora de mezclarnos
con esos chicos de pueblo, siempre huraños y
[burlones, que nos miraban con recelo:
¿quiénes éramos? ¿qué buscábamos, nuevamente
[entre ellos, nosotros,
unos perfectos extraños?

Antes de comprender de que se trata de una larga prueba

Quiero salvarme: pido retomar el catecismo. Aunque me
[pase un poco de la edad
y ya estemos a mediados de mayo. Mi madre
[consigue que me hagan un lugar
en el grupo de la parroquia del barrio. Pero el aire
[grave de los cristianos
me revuelve sencillamente las tripas; me provoca
risa después.

Me burlo abiertamente de la catequista, una
mujer muy limitada en sus planteos que
titubea apenas alguien (yo) le hace alguna pregunta.
Mientras tanto a Dios no lo encuentro por ninguna
[parte pero estoy cada vez más convencido
de que el mal existe y gana a cualquier hora.

Después de algunos encuentros considero que ya es
[suficiente pero mi madre no me deja desertar
porque ha dado su palabra de que me esforzaría
esta vez en los caminos inescrutables del Señor.
Mi madre objeta mi tedio diciendo que han
organizado un pic-nic para el próximo sábado en la

[canchita de la parroquia
y recuerdo que tenemos una cámara de fotos
[guardada en algún lugar.
En casa nadie la sabe usar y arruino el primer rollo
[exponiendo la película al sol.
Que la simple luz del día tenga poderes tan
devastadores me hace pensar que voy por buen
camino.
Saco algunas fotos para practicar antes del sábado
[con el nuevo rollo.
Las lentes me obligan a ver cosas que antes no veía.
Quiero hacer foco, por ejemplo, en el abuelo que
me sale al paso y una miriada de cosas se congrega
[en mi mirada:
un caño oxidado de bicicleta, piedras, hojas, pisadas
[en el barro, mierda de gallina.
Todas las cosas (incluso las más nimias) parecen
[reclamar su lugar en el mundo.
Así deben ver los ojos de Dios, pienso.
En una de las pocas fotos que logran salvar en la
[casa de revelado
se nota que el diafragma está muy abierto y es
[imposible discernir el origen de la luz.

Es un error pensar que se puede detener la vida personal

Esta ropa vieja y húmeda a la que no se le deben
[mirar los dientes
que huelo mientras revuelvo como se huele una
[piel desconocida
puede ser mía —si lo deseo— de ahora en más.
La madrina de mi hermana la ha dejado en una
[bolsa de cartón flamante
como si hubiera venido directo a casa desde la tienda
aunque se trate de la ropa que su familia ha dejado
[de usar.
No por eso nos sentimos humillados, por el
[contrario, lo entendemos
como un gesto sensible de su parte (entiende
[nuestra delicada situación)
y tampoco nos da la gran lata por ello: deja la bolsa
[y pasa a otros menesteres.
Pero la vida es algo grave y se prueba en la encrucijada
[más banal:
¿me quedo o no me quedo con una campera roja
[de béisbol

(hecha en Norteamérica dice la etiqueta)
a la que no se le notan sin embargo los bolsillos
[descosidos
y un par de zapatillas de cuero que nunca tuve?
Aunque hayan pertenecido a un chico que al decir
[de todos en casa le falta un hervor:
se ríe de cualquier cosa o no pueden bajarlo como
[ahora de la mecedora
donde no para de hamacarse indiferente a los
juegos de la gente de su edad.

Un ruido en la comunicación

Papá me pide que pongamos el disco de Pugliese
[en el Winco.

Asocia su música con un paisaje perdido de su
[vida; yo, en cambio,

me reencuentro con un paisaje que solo vive en lo
[que suena:

Pugliese es música clásica, sentencio eufórico
[mientras dejo caer la púa.

Pugliese es tango, me corrige, y dentro del tango, sí,
[tenés razón,

Pugliese es uno de los clásicos del tango. No digo
[eso, lo refuto

y me interrumpo levantando la mano en la que
[humea un cigarrillo

porque La Yumba comenzó a sonar y los surcos del
[disco dan vueltas

como nuestros argumentos: nunca se tocan, solo
[pueden rayarse

en un fragmento: Pugliese...Pugliese... es músi... es
[músi... clá... clá...

Pugliese, retoma en el final del tema, es un clásico

porque tiene un estilo propio y reconocible: la yumba,
[el marcatto con arrastre
le dicen, porque acentúa los tiempos impares de
[una manera fenomenal
con un arrastre previo, como si se corriera un mueble
[pesado cada vez
como si la estantería se cayera dos veces por compás.
[Usa el piano
como un instrumento de percusión: la yumba es
[pólvora, polenta...
Eso es lo que te decía, agregó, la fuerza, una fuerza
[inaudible
que te hace oír la música pero que no es música y
[se ríe
de todas las pavadas del tango: la madre, el farolito y
el eterno lamento...
pero no alcanzo a distinguir ahora lo que papá me grita
porque suena Gallo ciego y ya puse nuestro Winco
[a todo lo que da.

Collodi

Repito hasta el cansancio los golpes que el profesor
[nos enseñó sentados en pilas de ladrillos
como ejercicios de concentración y precisión: se
[trata de mantener los ojos cerrados
e imaginar la postura del cuerpo, el movimiento
[del brazo, la trayectoria de la pelota.
Los golpes me salen perfectos en los nítidos
[contornos de mi país mental.
Pero ahora que empuño la raqueta de aluminio y
[debo pasar la pelota sobre la red
para que mi adversario responda y nuestro intercambio
se parezca a un partido real de semifinales (es probable
que sepa que llegué por las sucesivas ausencias de mis
[contrincantes)
decido abandonar mis tiros ganadores que terminan
[indefectiblemente en la red
y me limito a pasarla con algo de efecto y a una
[altura conveniente
para que todas sus devoluciones sean golpes
(de arriba hacia abajo, de drive o de revés cruzado
[con dos manos)

imposibles de alcanzar.

Es cierto que apenas llevo seis meses practicando

[este deporte

pero las palabras de aliento de mi profesor y la

[breve charla con mis padres

en la que reconoce mis condiciones y alguna chance de

[éxito si modero mi temperamento

se me han subido a la cabeza y han provocado una

[imagen bastante distorsionada de mi lugar

en la escena del tenis local: aunque pronto se

[corrija a la misma velocidad

con la que voy perdiendo los games y crezcan mis

[ganas de estar en casa mirando televisión:

siento un poco de vergüenza por papá, a quien hice

[pagar una suma excesiva de inscripción

y esperar varias horas para contemplar (oculto entre

[los ligustrines) mi mal tenis.

Pero lejos de hacerme algún reproche papá se

[sonríe mientras caminamos de regreso a casa

sin dejar de reconocer que mi adversario es un

[jugador muy bueno.

Una opinión que considero inobjetable.

Pasarán diez años y seré yo el que corra las cortinas
[de la ventanilla de un ómnibus
para intentar atisbar alguna luz en el camino que
[anuncie nuestro destino
mientras papá camina con sus piernas temblorosas
[de una punta a la otra del pasillo:
a fuerza de tomar ginebra a diario como alguien que
[quiere francamente liquidarse
viaja ahora en el vientre de una ballena perdida en la
[oscuridad de la noche
sin ninguna chance de beber una gota de algo que
[aplaque un poco los temblores
que amenazan con descalabrarlo en cualquier
[momento:
me pregunta por centésima vez qué hora es y a qué
[hora debemos llegar
—datos que intento transmitir sin alterar el tono
[amigable de mi voz—
hasta que la notoria disminución de la velocidad
del coche, la maraña de puntitos que se atisban a lo
[lejos
y finalmente la voz del chofer que advierte que se
trata del cruce de La Carlota donde nos detendremos

por quince minutos me arrancan del asiento con
[una maleta vieja en la mano
sintiendo en todo el cuerpo —mientras le pido a
papá que me siga—
la templanza de un niño real.

La preparación

Me paso el día en casa en una especie de autoexilio
[en el que no me permito el tiempo libre.
Mi padre me pide por favor que salga un rato que
[llame a algún amigo
abriendo los ojos como si yo entendiera su necesidad
[de una casa sin hijos por un rato
pero yo no me inmuta: estoy convencido de que el
[tiempo es una cincha
que puedo estirar a discreción mientras la tenga
[sujeta del otro extremo.
Pero después de aquella noche en la que salgo con
[amigos y les digo que sigan sin mí
que me quedo solo entre la gente en un bar donde
[tocan bandas desafinadas de rock
aunque no conozca a nadie y nadie me dirija la palabra
empiezo a salir sin tregua y ahora mi padre da un
golpe de timón y me reclama que me quede un poco
[en casa
que me digne a compartir su tedio: mi casa no es un
[hotel
donde, según su óptica, me limito a comer y a dormir.

Pero me marchó de todas formas poco después
porque estoy francamente fascinado con la ciudad

[en la que vivo.

Después de una larga hibernación, me balanceo en

[una rama ya dispuesto
a chuparle la sangre a los demás.

BLANCO A LA CAL de Diego Coloma, se terminó de editar en septiembre de 2019. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones Universitarias de la UAEM.

Editor responsable:
JORGE E. ROBLES ALVAREZ





Diego Colomba nació en 1972 en San Nicolás, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es profesor y licenciado en Letras, y doctor en Humanidades y Artes, con mención en Literatura por la Universidad de Rosario. Colaboró con reseñas, notas y entrevistas en los diarios argentinos *El Eslabón*, *El ciudadano & su región*, *Redacción Rosario*, *La Capital*, así como en la revista *Diario de Poesía* y en la sección reseñas de *Bazar Americano*. Dirigió el sitio web de prensa literaria Letracosmos. Artículos, entrevistas y poemas de su autoría integran diversas antologías. Seleccionó y prologó *Imaginarios comunes*, obra periodística de Fernando Toloza (2009). Entre sus publicaciones están: *Letras de Rock Argentino* (2011); *Baja tensión*, mención en el Premio Municipal de Poesía Felipe Aldana 2011; *Mesa de novedades*, premio obra inédita del Concurso Provincial de Ensayo Juan Álvarez 2012; *La hospitalidad del mundo* y *Papá trajo a casa un Cuatro Ele* (Buenos Aires, Editorial Barnacle, 2018).

BLANCO A LA CAL

Destaca por su profundo y afilado lirismo sin estridencias. Como una colección de fotografías un tanto borrosas, logra capturar, en cada poema, el fantasma de un instante a la vez extraño y familiar.

Luis Felipe Fabre

Es un poemario muy bien trazado, con tendencia a la meditación para dar lugar a imágenes propias muy sugestivas.

Raquel Lanseros

Galería de lo cotidiano que en cuidadosa curaduría exhibe poemas precisos, como golpe en la sien, reunidos en estructura y aliento.

Flor Cecilia Reyes Cruz

SDC

AUTONOMÍA
UAEM
75°
ANIVERSARIO